

LA PEQUEÑA HUIDA

El desasimio del español por la realidad es cada vez más extraño. La estampida de Semana Santa ha sido un espectáculo alucinante, desde un punto de vista sociológico. Dejando atrás enfermos e impedidos, animales domésticos, trabajos urgentes, amores que comenzaban, pleitos trascendentales, los españoles han dado lo que se llama en andaluz autonómico y taurino "la espantá". Los políticos han suspendido la urgencia de la salvación de la Patria, las embarazadas han aplazado sus partos, las letras de cambio, su eterno ir y venir. Cada español, como un Gauguin en busca de su Tahiti.

Pero Gauguin no regresó nunca más. El español, sí. Al empezar la semana no santa todo ha sucedido como en las películas giradas al revés, como si estuviesen atados con un elástico que tirase de ellos hacia su lugar de origen. Y ya están todos aquí, quejándose de la economía que no funciona, de los negocios que quiebran, de la falta de trabajo, de la ineptitud de los otros, del desinterés o el desencanto de la colectividad, del precio de la gasolina; dispuestos al "lock out", a la huelga, a la crítica dura y áspera. Quejándose de todo aquello que acaban de agravar de una manera extraordinaria, del despilfarro que acaban de cometer. Denostando una realidad de la que huyen, a la que no quieren asistir. Porque la realidad la deben hacer los otros, y gozar de ella uno mismo.

Pero ya pasaron los tiempos en que los otros eran los judíos y los moriscos. Uno de los más misteriosos rasgos del desasimio español por la realidad fue la expulsión de los que trabajaban la tierra y la artesanía, de los que estudiaban e investigaban, de los que cultivaban la ciencia y las finanzas. Cuando se encontró hidalgo y solo, pobre y caballero, con la religión a salvo y la panza vacía, el español emprendió una de sus grandes estampidas: hacia América, a ver si allí encontraba alguien que trabajase por él. Para ser un país de señores, un pueblo de amos, antes de que soñara con ello Nietzsche y, luego, Hitler —el sueño del "herrenvolk"—. Pero ya se sabe que aquello también salió mal.

Quizá sea algo que el español lleva "en la masa de la sangre", como dice el pueblo. Algo que le impulsa a huir, a escapar de lo cotidiano. Quizá el sueño imposible de huir de sí mismo; o a la inversa, de buscarse a sí mismo. La posibilidad de escapar de uno mismo o la de encontrarse a sí mismo son mínimas cuando el final provisional del viaje es el chalé de la sierra, la casita de la costa, el hotel de Benidorm o un caserón muy barato que ha alquilado en Riaza. Pero, de todas maneras, parece que hay que intentarlo. Con la fuerza de un ave migratoria. Quemando miles y miles de litros de petróleo árabe, estrellándose en las carreteras, asaltando los aviones y los trenes.

Como escapando de una gran catástrofe, de la que al final nadie huye: la catástrofe de la vida cotidiana. ■

POZUELO

Reunión de las ejecutivas del PSOE y PCE del País Valenciano, en busca de acuerdos en el campo municipal.

PERO puede hacerlo, aún más, con una guerra abierta a los municipios de la izquierda. El Estado, por el embrión de Constitución y por el desarrollo que vaya a darla, puede hacer muchas cosas. Desde limitar presupuestos hasta fiscalizar minuciosamente los municipios por la vía de los gobernadores civiles; desde dictar una Ley de Bases de Administración Local restrictiva de los poderes municipales hasta "castigar" a las ciudades "rojas" y premiar a las "nacionales". Puede convertir en épicas las sesiones de los municipios. Y puede presionar, como sea, sobre los partidos del pacto municipal para conseguir su disociación.

LAS Alcaldías de la izquierda, aunque se estén presentando de antemano como moderadas y adviertan claramente que no van a hacer la revolución, no pueden, ni deben, ni desean llegar a una atonía o una timidez que les descalifique; si el entusiasmo que se habla perdido se ha ido recuperando ante la esperanza, no pueden dejar caer de nuevo al hombre de izquierdas en el "desencanto". El mismo resultado de resquebrajamiento tendría la pérdida de la pequeña unidad conseguida. Sería un suicidio. Aunque tampoco pueden conseguir inmediatamente resultados óptimos: la fuerza de arrastre de las grandes ciudades, la mala calidad de vida urbana, son hechos consumados que difícilmente se pueden rectificar en un día ni en muchos años: en España como fuera de ella. Van a ser atacadas por ahí: por la tendencia crítica del ciudadano despechado como por la propaganda de las distintas derechas, que, sin embargo, han sido las creadoras de la mala calidad de vida en las ciudades.

LA etapa que se inicia es, por lo tanto, de lucha entre unas formas de poder que se van a radicalizar hacia la derecha, y de una manera acelerada, y un poder municipal de la izquierda que no va a tener capacidad de aplicar sus propias soluciones ideológicas —socialización, municipalización, colectivización— por la estructura general del Estado, pero que de ninguna manera pueden dejar las cosas como están. Es una encrucijada. Pero ahora, por la fuerza de las cosas, en esta irrupción municipal está toda la esperanza de la izquierda política, para lo inmediato y para el futuro electoral. No se la puede dejar perder. ■